

El capítulo quince (pp. 283-299) se titula «El origen de la humanidad moderna: la evidencia genética». En él se cuenta la idea de la procedencia africana del *homo sapiens* y se exponen las investigaciones genéticas que parecen corroborarlo, especialmente las del estudio del ADN mitocondrial en la hipótesis llamada de la Eva Negra. Se intentan solventar las dificultades de esta explicación acudiendo al estudio de la variabilidad de una parte del ADN nuclear que se transmite por vía paterna. Pero las conclusiones son idénticas: la procedencia africana del *homo sapiens* en torno a una fecha aproximada a los cien mil años. Los estudios genéticos también corroboran que los neandertales no estuvieron en nuestra línea evolutiva, que no somos descendientes suyos, aunque sí es cierto que poseemos un antepasado común. Por último se establecen algunas hipótesis de cuál puede ser en un futuro la morfología de la humanidad.

El capítulo dieciséis (pp. 301-319), «El origen del lenguaje humano», narra las condiciones morfológicas del lenguaje tanto a nivel cerebral como a nivel de los órganos encargados de la emisión del sonido. Con las conclusiones obtenidas se pasa revista a la capacidad lingüística de los diferentes fósiles. Con lo dicho se concluye la gran ventaja cooperativa que debió suponer para los humanos modernos poseer el lenguaje, una ventaja que les dio capacidad de adaptación a medios muy adversos y preeminencia, por ejemplo, sobre los neandertales.

El capítulo diecisiete (pp. 321-331), «El sentido de la evolución», nos traza una vez más la idea de la carencia de sentido del proceso evolutivo: la evolución no es un trayecto predefinido que impere por encima de toda circunstancia sino, precisamente, la capacidad de adaptarse siempre lo mejor posible a las circunstancias que existen ¿Y hay alguien que pueda predecir las circunstancias? Pero eso no quiere decir que impere el azar: la mutación es aleatoria, pero la selección de la mutación más adaptativa ya no lo es. El modelo correspondería más bien a la teoría del caos que a un proceso determinista o puramente azaroso.

En el epílogo (pp. 333-336) los autores quieren evitar la falsa interpretación de que ya que el hombre no es una especie elegida es un simple animal. La presencia humana supo-

ne una auténtica revolución en el ámbito de la cultura. El hombre no es una especie elegida, pero sí es una especie única entre otras muchas especies únicas. Se concluye el libro con una extensa bibliografía de libros y de artículos científicos que pueden servir de profundización y de justificación de las ideas expuestas en la obra.

Hay que hacer especial mención de las magníficas ilustraciones que acompañan al libro y que aclaran gráficamente muchas de las explicaciones de los autores.

Como ya dije al principio, creo que este libro debe ser bienvenido por la comunidad de antropólogos filósofos. El principal motivo es que debido a la actualización que realiza de la evolución humana y al rigor —por fortuna, didáctico— de las explicaciones, se nos ahorra mucho tiempo de investigación para conocer los aspectos más materiales de nuestra naturaleza ¿Y acaso se puede saber *qué* es el hombre sin conocer *cómo* es y sin saber nada de su origen evolutivo? Sobre los supuestos del libro, evidentemente hay que discutirlos filosóficamente, pero tampoco cabe duda de que son supuestos que hoy en día son apoyados con mucha fuerza por los datos y las teorías de la ciencia categorial.

Francisco Rodríguez Valls

Juan Luis Arsuaga, *El collar del neandertal. En busca de los primeros pensadores*. Temas de hoy. Madrid, 1999. 22 x 14'5. 312 pp. Rústica. Ilustraciones de Juan Carlos Sastre.

El autor es profesor titular del Departamento de Paleontología de la facultad de Ciencias Geológicas de la Universidad Complutense de Madrid y codirector, junto a E. Carbonell y J.M. Bermúdez de Castro, del equipo de investigaciones de los yacimientos pleistocenos de la sierra de Atapuerca. Aprovechando el enorme éxito editorial de *La especie elegida*, Arsuaga se pone de nuevo en contacto con el gran público para ofrecerle una perspectiva amplia, en el marco de la completa evolución humana, de la situación en la que se encontrarían las poblaciones de neandertales y de humanos modernos y se pregunta —de ahí el subtítulo— por si en ambos exis-

tían las facultades cognoscitivas y lingüísticas que sus grandes cerebros y su técnica fósil nos hacen suponer.

El libro se compone de tres partes con tres capítulos por cada una de ellas, a las que antecede un prólogo y sucede un epílogo y una bibliografía. En los dos primeros capítulos se revisan los primeros millones de años de la evolución humana hasta la aparición del *homo ergaster-homo erectus*, el primero que salió de África y colonizó Asia y Europa. El tercer capítulo hace una semblanza de los neandertales y de sus antepasados europeos, especialmente los de la sierra de Atapuerca. Los capítulos cuarto y quinto refieren la situación botánica y faunística de Europa y el ambiente climático que los pobladores europeos y peninsulares se encontrarían a lo largo de los tiempos. El sexto capítulo analiza el lugar que ocupaba el hombre en esos ecosistemas y la gran ola de extinciones que se produjo con el cambio climático. El séptimo capítulo nos narra la aparición de la conciencia de la muerte en los humanos como algo propio de la mente humana, la duración de la vida en los años prehistóricos junto con una narración probable de la acumulación de cadáveres en la Sima de los Huesos de Atapuerca. El octavo capítulo es, sin duda, el más filosófico del libro ya que nos trata de la naturaleza del intelecto y de la aparición del lenguaje. No es que el autor cambie su función de paleoantropólogo por la de filósofo, nos sigue mostrando datos de los fósiles, pero junto a los que ofrece arbitra una serie de reflexiones que —aunque ya más que conocidas por los filósofos profesionales— pueden llevar a pensar al gran público en general y pueden sacarse de ellas preguntas que sitúen adecuadamente el problema del origen de la mente, del lenguaje y de la naturaleza del símbolo. El capítulo noveno, con el que se cierra el libro, nos transporta al momento en que coexistieron neandertales y hombres de Cro-Magnon y los posibles motivos —técnicos y climáticos— por los que se extinguieron los primeros. Ahora tendremos ocasión de tratar de esas divisiones un poco más detenidamente.

El primer capítulo (pp. 27-48), titulado «La especie solitaria», se inicia con la constatación de la diferencia humana con respecto a las otras especies y a la vez con la afirmación de que a la par todos procedemos de los mis-

mos antecesores. El autor desea, en primera instancia, constatar estas diferencias a nivel morfológico y por ello establece las diferencias corporales entre los póngidos y el ser humano. Después, entre los chimpancés y el hombre, se colocan cuatro nuevas especies ya extintas que pertenecen a nuestra línea evolutiva: *Ardipithecus ramidus*, *Australopithecus anamensis*, *Australopithecus afarensis* y *Australopithecus africanus*. Se establecen cuáles son sus características, como el bipedismo y su capacidad craneal, y se indica su dieta vegetariana así como la ausencia de industrias líticas en los yacimientos en los que se han hallado sus fósiles. También se añaden otras dos especies más cercanas en el tiempo, dos que ya obtienen el nombre de «homo»: *homo habilis* y *homo ergaster* (también llamado *homo erectus*). Se establecen las procedencias y las características corporales, especialmente craneales, del *homo habilis* dejando un análisis más concreto para el capítulo siguiente.

El capítulo segundo (pp. 49-70) se titula «La paradoja humana». En él va a continuar con el estudio del *homo habilis* y del *homo ergaster* indicando sobre todo tres características: el cambio de dieta ya que van a incluir la carne en sus comidas, el abandono de los bosques tropicales y la elaboración de herramientas (comenzando por la llamada industria Olduvaiense). Además establece como causa del desarrollo del neocórtex el aumento de la vida social en el *homo habilis*. Se pone de manifiesto la gran diferencia corporal, en tamaño craneal y postcraneal, entre la última especie y el *homo ergaster*, se analizan las dificultades para que esa especie pueda provenir de la anterior, se caracterizan las herramientas del *homo ergaster* como pertenecientes al Achelense (bifaces) y se hace referencia a las colonizaciones de Asia y de Europa que hizo ésta especie. Antes de acabar el capítulo se refiere a los «parántropos», una rama de especies conocidas —y extinguidas— que evolucionaron, como nosotros, desde el *Australopithecus*.

El tercer capítulo (pp. 71-107) se titula «Los neandertales». Junto con unas consideraciones que localizan en el tiempo a las especies de las que ha hablado, así como al neandertal y al cromañón, se trata de los hallazgos de fósiles de neandertal a lo largo de la historia así como de sus características morfológicas: gran tamaño corporal y gran peso, junto

con una capacidad craneal igual, si no superior, a la humana actual. También se caracterizan por la aparición de una nueva técnica lítica: la Musteriense. La robustez de su cuerpo indica que vivieron en climas fríos, por el contrario, la esbeltez de los humanos modernos indican su procedencia africana.

El capítulo cuarto (pp. 111-131), titulado «El bosque animado», nos introduce en el medio-ambiente que rodeó en Europa la vida de los neandertales. Se establece a grandes rasgos la biogeografía vegetal a nivel mundial y se le presta especial atención a Europa y a la península ibérica. En el capítulo quinto (pp. 133-161), cuyo título es «¡Vienen los renos!», se realiza la zoografía de Europa en los tiempos de la última glaciación: mamut, bisonte, rinoceronte lanudo, etc. Para concretar cuáles eran los animales, también las plantas, que conocieron los primeros pobladores de Europa, el autor se centra en los fósiles de Atapuerca y describe algunos de los hallazgos paleozoológicos y paleobotánicos que allí se han hecho.

El sexto capítulo (pp. 163-199) se titula «La gran extinción». En él se estudia la aportación de calorías que, en tribus de cazadores-recolectores, cada sexo da al total de la alimentación y si los primeros pobladores de Europa serían cazadores o, más bien, carroñeros. Por los fósiles de armas encontrados y por la fortaleza física de los neandertales parece ser que, aunque no le hicieran ascos a la carroña, sin embargo las técnicas de caza estaban desarrolladas ¿Sería la caza la actividad que acabó con tantas especies animales? ¿O tal vez hay que conceder la culpa al periodo interglacial que trajo un nuevo clima mundial más cálido? Según el autor, para responder a esas preguntas tienen que realizarse más investigaciones.

El séptimo capítulo (pp. 203-228), titulado «Un regalo envenenado», enuncia cómo la aparición de la conciencia en los seres humanos trajo como consecuencia la idea de la propia muerte. Esa presencia, que caracteriza a los humanos, se toma como excusa para un análisis de la duración de la vida en la prehistoria, lo que se realiza en comparación con tribus de cazadores-recolectores contemporáneas. Por último, se analiza qué pudo ocurrir en la Sima de los Huesos de Atapuerca en la que, al menos, 32 individuos fueron deposita-

dos en un corto periodo de tiempo ¿Qué produjo tantas muertes en poblaciones no muy extensas? Se analizan las diferentes hipótesis.

El capítulo octavo (pp. 229-263) se titula «Los hijos del fuego». En él, dejando un tanto de lado los aspectos morfológicos, se trata de cuestiones referidas a la naturaleza de la mente. En primer lugar se hace referencia a la conducta y cómo muchas de las acciones de los animales están programadas genéticamente o son consecuencia de comportamientos condicionados, mientras que muchas de las acciones humanas no lo son. Esta indeterminación hace entrar en juego a la reflexión y, por tanto, justifica la aparición de la mente. Otra cuestión es establecer la naturaleza de la mente: ¿es una substancia individual o una creación colectiva? En cualquier caso lo que parece claro es que la capacidad humana —mental— de creación simbólica es algo que le pertenece en exclusiva por derecho. Por ello se pregunta el autor si la conciencia y el lenguaje aparecieron juntos. Se estudian las condiciones morfológicas de la aparición del lenguaje y se ponen en relación esas cualidades con las de los fósiles encontrados. Además, el uso del fuego y la práctica de los enterramientos, ¿no indican la planificación que la conciencia significa?

El capítulo noveno —y último— (pp. 265-298), titulado «Y el mundo se hizo transparente», cuenta cómo la aparición de la conciencia hizo que el hombre comenzara a querer comprender la naturaleza y a sí mismo y, en consecuencia, comenzara a crear historias y mitos y a plasmar las cosas que veía y sentía en arte. Se establece la hipótesis, para mí dudosa, de que existe lenguaje y conciencia desde el *homo ergaster*. Después, Arsuaga nos narra cómo pudo ser el encuentro entre neandertales y humanos modernos y cómo, debido a la mejor técnica de los primeros y a su mayor capacidad lingüístico-simbólica (lo que amplía las relaciones sociales y de grupo) —y ayudados por el clima—, los humanos modernos fueron ganando la batalla de la competencia a los neandertales hasta que por último éstos desaparecieron hará unos treinta mil años.

El libro acaba con un conjunto de reflexiones-resumen en forma de epílogo y con una útil bibliografía por capítulos.

En general, el libro es un interesante con-

junto de datos e hipótesis acerca de la evolución humana que tiene cosas que decir a los antropólogos filósofos que quieran tener una visión actualizada de ella. Lo peor, el título. No porque no sea sugerente, que lo es, sino porque da a entender que se trata de una obra monográfica sobre los neandertales, acerca de su morfología, de sus formas de vida individual y social, de su capacidad simbólica y el entorno ecológico en el que se encontraban así como sobre las causas de su extinción. Y no es que esos temas no se aborden, pero se incluyen en un panorama más amplio que a veces hace olvidar lo que, ingenuamente, uno creía que era el tema principal del libro y, por lo tanto, el motivo por el que lo compró. Quizás también desespera la gran cantidad de suposiciones y de hipótesis sin confirmar que nos ofrece la paleoantropología, pero ante eso sólo cabe armarse de paciencia y esperar lo muchísimo que tiene que ofrecernos esta ciencia y libros como éste que la presenten con rigor a los no especialistas.

Como *La especie elegida*, creo que esta obra es de útil lectura para los antropólogos filósofos que quieran conocer por boca de los profesionales de otras ramas de la antropología cuáles son los datos que las ciencias categoriales han obtenido hasta el momento actual del difícil análisis de la naturaleza material del hombre y de la probable vida social en los orígenes del ser humano.

Francisco Rodríguez Valls

Carlos Beorlegui, *Antropología filosófica. Nosotros: Urdimbre solidaria y responsable*. Universidad de Deusto. Bilbao, 1999. 516 páginas, 22 x 15, rústica.

Carlos Beorlegui es catedrático de Antropología filosófica en la Universidad de Deusto y profesor invitado de la UCA «José Simeón Cañas» de El Salvador. Autor de varios libros sobre antropología filosófica, consigue dos objetivos en éste que reseñamos: ofrecer una fundamentación epistemológica de la antropología filosófica y un recorrido histórico de la disciplina centrado en la época que la ha visto nacer con sus pretensiones contemporáneas, es decir, el siglo XX. Para ello divide el

libro en una introducción, siete capítulos y una bibliografía general.

En la introducción (pp. 13-21) plantea la crisis de identidad del ser humano y de la antropología filosófica. Por ello se afirma la necesidad que tiene el hombre de que se llegue a definir suficientemente su ser y, por su parte, la antropología filosófica de que se le asigne un sitio claro entre los diversos saberes antropológicos, precisamente como respuesta a la pregunta esencial sobre el hombre que caracteriza a la primera cuestión. Y sobre esa respuesta se establece una base de comprensión de lo humano, base que compone el subtítulo del libro: *Nosotros: Urdimbre solidaria y responsable*. Como puede apreciarse, esos dos problemas —el de la esencia humana y el del estatuto de la antropología— forman un conjunto de cuestiones que son complementarias pero que el autor considera que merecen un tratamiento detenido por separado. Por ello plantea su proyecto de trabajo en dos volúmenes, uno sobre la antropología filosófica y otro sobre las diferentes facetas de la realidad humana. El presente volumen aborda la primera etapa de ese proyecto. Sobre su estructura dice el propio autor: «El contenido de este volumen primero lo hemos estructurado en siete capítulos. En los dos primeros, tratamos de afrontar la radical problematización de lo humano y sus repercusiones en la configuración de la Antropología filosófica como disciplina del saber y en la idea del hombre como objeto de la Antropología; en los tres siguientes nos ocupamos de dilucidar la estructura de la Antropología filosófica, presentando su relación y demarcación respecto de las demás antropologías, así como examinando su especial estatuto epistemológico y crítico-ideológico; y los dos últimos capítulos se dedican a presentar los orígenes históricos de la disciplina y la situación en la que se encuentra en la actualidad» (p. 18). Ahora tendremos posibilidad de pasar revista a cada una de esas divisiones.

El primer capítulo (pp. 23-56), titulado «La Antropología en búsqueda de su identidad», considera que la tarea prioritaria de la Antropología filosófica es delimitar su propio ámbito de reflexión y su enfoque específico. Su lugar de reflexión se constituye en la pregunta acerca del ser del hombre, acerca de su sentido. Pero esto implica un doble campo de